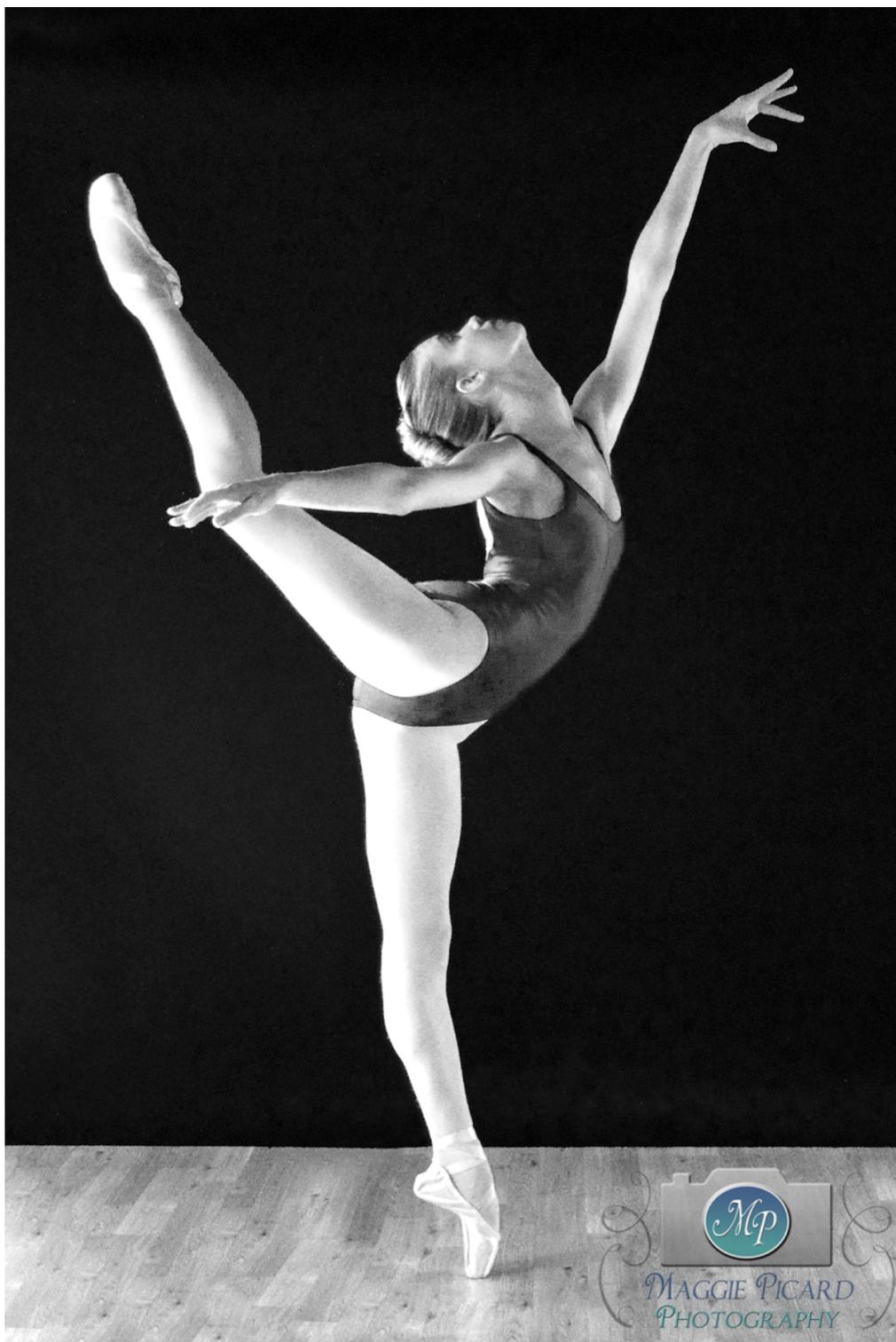


El dolor de Dido y más historias

Samsa C



Capítulo 1

Capítulo 1: Egipto

Cleopatra sonrió. El Nilo triunfó de nuevo y Egipto olía a vida; vida en la tierra y entre sus gentes. Ella sabía que el real soberano actuaría de bien, porque Egipto era demasiado hermoso como para perecer. Así llegó el cereal, y Cleopatra lo sabía porque siempre creyó en él, en el Nilo, fuente de vida, vital para los que ahora reían y para ella, reina hoy inmortal. Otros males vendrían, pero él no marcharía porque es fuente de vida y esperanza.

Capítulo 2

Capítulo 2: César

Supo forjar los pilares para poder así constuir el mundo a su medida, a la medida de César.

Miraba el mundo sin ver su alrededor, él debía ser el más grande, todos debían considerarlo como el hombre más grandioso de la historia de todos los hombres. Él era César, quien dio su nombre a la larga saga de futuros emperadores, porque él es César, el más grande de todos.

Las leyes no importan, sólo son necesarias las leyes de César. Su clemencia provocó a aquellos del Senado porque él era el único que decidía sobre la vida o muerte de los hombres romanos. Él es César.

Las obras más importantes de los mejores llevan su nombre. Shakespeare también pereció ante su presencia, pues César conquista e inspira incluso fuera de los vivos.

Las mujeres perdían su dignidad por él, por César, porque sus palabras, sus gestos, su inteligencia no eran propias del resto. Lágrimas cayeron por su serio rostro, rostro de la madre del traidor, porque el corazón ya no le pertenecía.

La historia de amor de César es la más emotiva. Él es el que mejor y más supo amar. Amores desgraciados, Cornelia se fue, y 30 años más tarde la pobre Julia, privándolo así la *mors* de hija y nieto.

La joven Cleopatra también deseó a César.

Su vida es un capítulo incompleto, los traidores decidieron acabar con César, divinidad entre los mortales.

Capítulo 3

Capítulo 3: el dolor de Dido

Oyendo sus palabras, sus sentidos dejaron de lado el resto del mundo y se centraron sólo en él.

Deseaba dejar caer su cuerpo en su lecho, sus manos sobre él, sus ojos mirar fijamente los suyos, su boca tocar la suya y nunca más despegarse. Esa era Dido, la reina enamorada, pues ahora Cartago tenía un nuevo color y olor.

Pero los hombres son desgraciados y aquí la dicha de futuros depende de sus pesares, y fue por esto por lo que un día la madre Venus apareció en sueños de Eneas recordando que su destino debía ser llegar al Lacio y fundar la corona del mundo.

Dido sospechaba hasta que un día vio cómo las naves del joven amado desaparecían entre mares, y ésta enloqueció.

Preguntaba entre gritos por qué nadie los detenía y daba muerte, juró que no habría paz, que los hijos de sus hijos lucharían, que cuánta dicha hubiese vivido si naves troyanas nunca hubieran aparecido en sus costas, y pereció clavándose el puñal que el propio Eneas le regaló. Palabras cargadas de odio, dolor y despecho porque había sido abandonada de forma tan ruín por lo único que le daba color a sus mejillas, brillo a sus ojos y alegría al corazón.

Moriría sin venganza, pero moriría.

Capítulo 4

Capítulo 4: Safo

Safo, ninfómana y mujerzuela para algunos, para otros una Musa. Sin duda, mujer apasionada que vivía y sentía. ¿Algo malo?

¿Puede haber algo malo en amar y desear? Ella es Safo.

Safo, todo sentimientos y mujer inmortal.

Safo, poco más que decir. Nada que no sepamos, porque todos sentimos, y mi carne se torna más sensible cuando la leo, porque me veo en ella, deseando también ser querida, sufriendo por aquel que ojalá estuviese aquí, implorando que por favor a Afrodita.

Ella es Safo, un canto a la verdad del corazón, a lo más humano de la carne, ¿algo malo?

He aquí una amante de Safo en la intimidad, en las palabras ambas nos fundimos, ambas reimos y lloramos. Ella es Safo.

[...] No falta -me parece- mucho para estar muerta.

Capítulo 5

Capítulo 5: últimos recuerdos

Vio las naves a lo lejos partir, mientras ella quedaba en tierra abandonada como si nunca hubiera sido nada.

Arrugó el rostro mientras lágrimas tan de dolor como si de sangre fueran corrían por el bello rostro de la reina de Cartago.

Los recuerdos invadieron su mente, de modo que volvió a verse a ella y a él sonriendo, sintiendo el placer de estar junto al amado y de ser querida por aquel que le daba alegría a su pecho. Recordó así sus manos apretando las suyas, sus labios junto a los suyos, como si hubiesen encontrado hogar en los de él, sus ojos mirando los suyos a la vez que el corazón se derretía de ternura al oír sus palabras, pues se sentía protegida. Toda ella fue en un breve tiempo alegría pura.

Pero ahora sus ojos eran dos esferas que lanzaban odio y amargura, sus manos deseaban hacer ya lo inevitable, y su corazón se tornó negro como el carbón y todo el amor se transformó en odio, aunque amor al fin y al cabo, porque el corazón es caprichoso y dá igual cuánto dolor fluya por el pecho, que seguirá antojado incluso de aquel que se iba sin ella y que tanta desgracia le producía.

Dido, de cabellos rubios y de suma belleza, se apagaba como una pequeña llamita ante un fuerte ciclón. Dido era ahora una llamita que en muy poco tiempo se convertiría por siempre en humo.

Todos los recuerdos se abrían paso en su mente, mientras su voz era áspera y desesperada y nada tenía que ver con ellos.

Jamás comprendería al destino, porque es caprichoso y superior a cualquier hombre y actos que hagan para cambiarlo, pero en ese momento para ella era diferente. Un segundo le hizo falta para decidir que sin él no viviría más, pero no antes sin maldecirlo.

El acero atravesó su carne, cayendo al suelo un bello cuerpo, el de la reina de Cartago.

Capítulo 6

Capítulo 6: Medea

Convertida en bárbara por decidir entregarse al amor nunca fue suficiente. Los años pasan y con ellos la belleza también se esfuma.

Aquel por quien entregó su reputación y su vida la abandonó para marchar con aquella a quien todavía los años no se habían decidido a roer, y entonces sintió cómo su corazón pesaba de lo que dolía, cómo dolían las grietas que aparecían en él, y cómo la sangre tornó a veneno. Del amor al odio sólo se necesita una palabra, y ella recibió no sólo una, sino varias, las más duras: las del abandono.

Se sintió ingenua, engañada. Pues lo había dejado todo y le había entregado todo y a cambio, ¿qué?

Tanto dolor no puede quedarse encerrado en un cuerpo, debe salir. Y entonces Medea usó su poder de la forma más destructiva, otorgándole éste un placer indescriptible por ser tan grande, por ser capaz de acabar con todos los que no supieron valorar el esfuerzo que tan sólo una mujer enamorada sería capaz de hacer. Medea jamás perdonó ni comprendió los caprichos de Jasón, pues ella, aunque pocos lo vieran, también sentía y padecía.

Capítulo 7

Capítulo 7: Despedidas para Safo

La convención nunca fue aliada ni compañera de enseñanzas de la mentora. La pasión, el amor, el disfrute, en cambio, sus mejores lecciones para aprender a vivir.

Nueve son las musas, pero es mentira; la décima, como dijo el sabio de aquella gloriosa y pensante Atenas, es ella. Safo es la décima, real y mitológica al mismo tiempo, jamás comparable y jamás imitable.

Al contrario de lo que muchos pensaron, también fueron capaces de pensar y de idear su propia forma de vivir; su filosofía al fin y al cabo. Y es que Safo dijo que Eros había sacudido sus entrañas, y así fue. Las despedidas eran dolorosas, tanto como miles de espinas clavadas sobre gélida piel. Porque Safo decidió amar y entregar su alma a cada una de ellas, y es que la enamoradiza de Lesbos no tenía reparos en entregarse, nunca sentía que fuera suficiente, nunca sentía que hubiera límite ni se sentía egoísta por todas aquellas.

Escocía cuando debían marchar, y ella sollozaba y recordaba todo aquel amor que se entregaron, pero por encima de todo pedía siempre algo: no ser olvidada. Tan bellos momentos, palabras tan sinceras, canciones entonadas al canto de la lira, tan ardor saciado con tan deseado placer no podían olvidarse.

Ella hidrataba su rostro gracias al dolor del corazón, pero es que saber que aquellas bellas no volverían, dolía. Mas nunca tuvo rencor, siempre deseaba ventura y dicha.

Pues su labor era ese: hacer que ellas supieran vivir y por tanto disfrutasen. Porque vidas sólo hay una y, aunque a veces sea mezquino y caprichoso como ella misma había experimentado, el amor es lo que da sentido a las acciones, lo que da alegría al corazón y otorga la felicidad más pura y real. Safo las instruía en el arte de amar, de disfrutar y sentir placer, porque al fin y al cabo una vida es eso.

Pero la pasional poetisa nunca pudo evitar querer perecer por un instante cuando ellas marchaban, porque eran el sentido de su alegría.

Para ella, Eros era lo que le daba todo y se lo quitaba en un momento, la razón de su ser, su labor y sus palabras.

Capítulo 8

Capítulo 8: a la poesía

Rondabas entre todos esperando a que los mortales encontraran la manera de hablar a través del corazón tomándote como herramienta.

Caminabas entre todos vestida con el más bello de los velos siendo a la vez el más sencillo, tan bella como las palabras que a lo largo de los siglos han ido ornamentando tu figura, hasta vestirte con collares de llantos amorosos como Catulo, o con pulseras de alegrías como el primer Propercio.

Tus ojos son capaces de consolar a cualquier mortal que sufra, o ser compañeros de júbilo cuando alguna ventura acontece.

Tus manos son las que tomaron las de Homero en el camino de contarnos las aventuras del valiente Ulises, son las que acariciaron al dolido Ovidio cuando fue desterrado por el supremo, o las que animaron al inseguro Virgilio para su eterno Eneas.

Tú fuiste la verdadera amante de Ovidio, porque el desventurado no paraba de decir que "es que todo lo que escribo me sale en verso". También la compañera de juergas del pícaro Marcial con sus epigramas de sabor guindilla, pues, cuántas carcajadas habrá provocado el desvergonzado tomándote como herramienta.

Gracias a ti gozamos del privilegio de poder sentirnos más sensibles al leer las palabras de la desgraciada Dido, de poder tener entre nosotros himnos al arte y la cultura y la perfección como lo escrito por el desconocido Homero, de poder haber tenido entre mortales a la Décima Musa.

Eres bella no sólo por dentro por tantas palabras que contiene, sino también por fuera. Tus curvas son admirables cuando te vistes de soneto, eres perfecta cuando te desvistes y tiras al suelo tu traje de hexámetro, te ves más triste pero no por eso menos preciosa cuando te ves de dístico elegíaco, o más pequeña de endecasílabos falecios.

Muchos intentan seducirte, pero es que aunque generosa eres difícil, estás al alcance de pocos para ser escrita. Ningún falso verso nos engaña, todos sabemos cuándo se trata de ti y cuándo de imitaciones incluso ofensivas.

Mujeres han sido comparadas contigo, como la Julia de Bécquer.

Eres eterna, Poesía, y es que yo jamás podría dejar de dedicarte líneas porque eres para siempre, amiga en largas noches, amiga en malos

momentos y paño de lágrimas, jamás traidora y siempre presente cuando te necesito.